

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo L. De las discretas altercaciones que Don Quixote y el Canónigo tuvieron, con otros sucessos.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1676

señas dizen, que està metida en una funda de vaqueta, porque no se tome de moho. Todo puede ser, respondió el Canonigo; pero por las ordenes que recibí, que no me acuerdo averla visto: Mas puesto que conceda que està allí, no por esso me obligo à creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de cavalleros, como por ay nos cuentan; ni es razon, que un hombre como vuestra merced, tan honrado, y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dè à entender que son verdaderas tantas y tan estrañas locuras, como las que estàn escritas en los disparatados libros de cavallerias.

C A P I T U L O L.

De las discretas altercaciones, que Don Quixote y el Canonigo tuvieron, con otros sucessos.

BUENO està esso, respondió Don Quixote: Los libros que estàn impressos con licencia de los Reyes, y con aprobacion de aquellos, à quien se remitièron, y que con gusto general son leydos, y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres, y de los ricos, de los letrados, è ignorantes, de los plebeyos, y cavalleros, finalmente de todo genero de personas de qualquier estado, y condicion que sèan, avian de ser mentira? Y llevando tanta apariencia de verdad; pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar, y las hazañas punto por punto, y dia por dia, que el tal cavallero hizo, ò cavalleros hizièron. Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y crèame, que le aconsejo en esto, lo que deve de hazer como discreto; fino léalos, y verà el gusto que

que recibe de su leyenda. Sino dígame: Ay mayor contento que ver, como si dixésemos, aquí aora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo à borvullones, y que andan nadando, y cruzando por èl muchas serpientes, culebras, y lagartos, y otros muchos generos de animales ferozes, y espantables; y que del medio del lago sale una voz tristíssima, que dize: Tu Cavallero, quien quiera que sèas, que el temoroso lago està mirando, si quières alcançàr el bien, que debaxo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arròjate en mitad de su negro y encendido licor, porque si assi no lo hazes, no feràs digno de ver las altas maravillas que en si encièrran y contiènen los siete castillos de las siete Fadas, que debaxo desta negregura yazen; y que à penas el Cavallero no ha acabado aun de oyr la voz temerosa, quando, sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse à consideràr el peligro, à que se pone; y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas (encomendándose à Dios, y à su Señora) se arroja en mitad del bullente lago; y quando no se cata, ni sabe donde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa. Allí le parece, que el Cielo es mas transparente, y que el Sol luze con claridad mas nueva. Acullà ofrècese à los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos arboles compuesta, que alegra à la vista su verdura, y entretiene los oydos el dulce, y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados paxarillos, que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que liquidos cristales parecen, corren
sobre:

sobre menudas arenas, y blancas piedrezuelas, que oro cernido, y puras perlas semejan. Acullà vè una artificiosa fuente de Jaspe variado, y de liso marmol compuesta: Acà vee otra à lo brutefco ordenada, à donde las menudas conchas de las almejas con las torcidas cascas blancas, y amarillas del Caracol puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luziente, y de contrahechas esmeraldas, hazen una variada labor de manera, que el arte imitando à la naturaleza, parece que alli la vence. Acullà de improvifo se le descubre un fuerte castillo, ò vistoso alcaçar, cuyas murallas son de mazizo oro, las almenas de Diamantes, las puertas de Jacintos; finalmente èl es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que està formado, no menos que de Diamantes, de carbuncos, de rubies, de perlas, de oro, y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura. Y ay mas que ver, despues de aver visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen numero de donzellas (cuyos galanos y vistosos trages si yo me pusièsse aora à dezirlos, como las historias nos los cuentan, serìa nunca acabar) y tomar luego la que parecia principal de todas, por la mano al atrevido cavallero, que se arrojò en el ferviente lago, y llevarle, sin hablarle palabra, dentro del rico alcaçar ò castillo, y hazerle desnudar como su madre le pariò, y bañarle con templadas aguas; y luego untarle todo con olorosos unguentos, y vestirle una camisa de cendal delgadissimo, toda olorosa y perfumada; y acudir otra donzella, y echarle un manton sobre los ombros, que por lo menos menos, dicen que fuele valer una ciudad, y aun mas? Que es ver, pues, quando nos cuentan,

tan, que tras todo esto, le llevan à otra sala, donde hàlla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? Que, el verle echàr agua à manos, toda de ambar, y de olorosas flores destilada? Que, el hazèrle sentàr sobre una filla de marfil? Que, verle servir todas las donzellas, guardando un maravilloso silencio? Que, el traèrle tanta diferencia de manjères, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito à qual deva de alargàr la mano? Que ferà oyr la musica, que en tanto que come, suena? Sin sabèrse quien la canta, ni a donde suena? Y despues de la comida acabada, y las mesas alçadas, quedàrse el cavallero recostado sobre la filla, y quiçà mondàndose los dientes (como es costumbre) entràr à deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa donzella, que ninguna de las primeras, y sentàrse al lado del cavallero, y començàr à dàrle cuenta, de que castillo es aquel, y de como ella està encantada en èl, con otras cosas, que suspènden al cavallero, y admiran à los leyèntes, que van leyèndo su historia? No quiero alargàrme mas en esto, pues dello se puede colegir, que qualquiera parte, que se lea de qualquier historia de cavalleria andante, ha de causàr gusto y maravilla à qualquiera que la leyere. Y vuestra merced crèame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verà como le destièrran la melancolia que tuviere, y le mejòran la condicion, si à caso la tuviere mala. De mi sè dezir, que despues que foy cavallero andante, foy valiente, comedido, liberal, bien-criado, generoso, cortès, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso por el

Том. II.

R r

valor



valor de mi brazo (favoreciéndome el cielo, y no me fiendo contraria la fortuna) en pocos dias verme Rey de algun Reyno, à donde pueda mostràr el agradecimiento, y liberalidad, que mi pecho encierra: Que, mia fè, Señor, el pobre està inhabilitado de poder mostràr la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la possèa: Y el agradecimiento, que solo consiste en el desèo, es cosa muerta, como es muerta la fè sin obras. Por esto querria, que la fortuna me ofrecièsse presto alguna ocasion, donde me hizièsse Emperador, por mostràr mi pecho, haziendo bien à mis amigos, especialmente à este pobre de Sancho Pança mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un condado, que le tengo muchos dias hà prometido; fino que temo, que no ha de tener habilidad para governàr su estado.

CASI estas ultimas palabras oyò Sancho à su amo, à quien dixo: Trabaje vuestra merced, Señor Don Quixote, en darme esse condado, tan prometido de vuestra merced, como de mi esperado; que yo le prometo, que no me falte à mi habilidad para governàrle; y quando me faltare, yo he oydo dezir, que ay hombres en el mundo, que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuydado del govierno; y el señor se està à pierna tendida gozando la renta que le dan, sin curàrse de otra cosa: Y assi harè yo, y no repararè en tanto mas quanto, fino que luego me desfistirè de todo, y me gozarè mi renta, como un Duque, y allà se lo ayan. Effen, hermano Sancho, dixo el Canonigo, entièndese en quanto al gozar la renta; empero al administràr Justicia ha
de

de entendèr el Señor del estado, y aqui entra la habilidad, y buen Juyzio, y principalmente la buena intencion de acertar; que si esta falta en los principios, siempre iràn errados los medios, y los fines: Y assi fuele Dios ayudàr al buen desèo del simple, como desfavorecèr al malo del discreto. No sè estas filosofias, respondiò Sancho, mas solo sè, que tan presto tuvièssè yo el Condado, como sabria regirle, que tanta alma tengo yo, como otro, y tanto cuerpo, como el que mas, y tan Rey serìa yo de mi estado, como cada uno del fuyo; y sièndolo, harìa lo que quisièssè; y haziendo lo que quisièssè, harìa mi gusto; y haziendo mi gusto, estaria contento; y en estando uno contento, no tiene mas que desèar; y no teniendo mas que desèar acabòse; y el estado venga, y à Dios, y veàmonos, como dixo un ciego à otro. No son malas Filosofias estas, como tu dizes, Sancho, dixo el Canonigo; pero con todo esto ay mucho que dezir sobre esta materia de condados. A lo qual replicò Don Quixote: Yo no sè que aya mas que dezir; solo me guiò por el exemplo, que me dà el grande Amadis de Gaula, que hizo à su escudero Conde de la Infula firme; y assi puedo yo sin escrupulo de conciencia hazèr Conde à Sancho Pança, que es uno de los mejores escuderos, que cavallero andante ha tenido.

ADMIRADO quedò el Canonigo de los concertados disparates, que Don Quixote avia dicho; del modo con que avia pintado la aventura del cavallero del lago; de la impressiõ que en el avian hecho las pensadas mentiras de los libros que avia leydo; y finalmente le admirava la necedad



de Sancho, que con tanto ahinco deseava alcançar el Condado que su amo le avia prometido.

YA en esto bolvian los criados del Canonigo, que à la venta avian ido por la azemila del repuesto; y haziendo mesa de un Alfombra, y de la verde yerva del prado, à la sombra de unos arboles se sentaron, y comieron alli, porque el boyero no perdièsse la comodidad de aquel sitio, como queda dicho. Y estàndo comiendo, à deshora oyeron un rezoio estruendo, y un son de esquila, que por entre unas Zarças, y espeffas matas, que alli junto estàvan, sonava; y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco, y pardo. Tras ella venia un cabrero dándole voces, y diziéndole palabras à su uso, para que se detuvièsse, ò al rebaño bolvièsse. La fugitiva cabra temerosa, y despavorida se vino à la gente, como à favorecèrse della, y alli se detuvo. Llegò el cabrero, y assiéndola de los cuernos, como si fuèra capaz de discurso, y entendimiento, le dixo: Ha cerrera, cerrera, manchada, manchada, y como andays vos estos dias de pie coxo! Que lobos os espantan, hija? No me dirèys, que es esto, hermosa? Mas que puede ser, fino que soys hembra, y no podèys estar sossegada: Que mal aya vuestra condicion, y la de todas aquellas à quien imitays. Bolved, amiga, bolved, que fino tan contenta, alomenos estarèys mas segura en vuestro aprisco con vuestras compañeras; que si vos, que las avèys de guardàr, y encaminàr, andays tan sin guia, y tan descaminada, en que podràn parar ellas? Contento

tento dièron las palabras del cabrero à los que las oyèron, especialmente al Canonigo, que le dixo: Por vida vuestra, hermano, que os fofleguèys un poco, y no os acucièys en bolvèr tan prefto effa cabra à fu rebaño; que pues ella es hembra, como vos dezis, ha de seguir fu natural diftinto, por mas que vos os pongàys à eftorvârlo. Tomad este bocado, y bebed una vez, con que templarèys la còlera, y en tanto defcanfarà la cabra. Y el dezir efto, y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fuè uno. Tomòlo, y agradeciòlo el cabrero: Bebiò, y foflegòfe, y luego dixo: No querria, que por aver yo hablado con effa alimaña tan en feso, me tuièffen vueftas mercedes por hombre fimple, que en verdad, que no càrecen de mifterio las palabras que le dixe. Rùftico foy, pero no tanto, que no entienda, como fe ha de tratâr con los hombres y con las beftias. Efto creo yo muy bien, dixo el cura, que ya yo sè de experiencia, que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encièrran Filofofos. Alomenos, Señor, replicò el cabrero, acògen hombres efcarmetados; y para que creàys effa verdad, y la toquèys con la mano, aunque parezca, que fin fer rogado, me comido; fino os enfadàys dello, y querèys, Señores, un breve efpcio preftârme oydo atento, os contarè una verdad, que acredite lo que effe Señor (feñalando al Cura) ha dicho. A efto respondiò Don Quixote: Por ver que tiene effe cafo un no sè que de aventura de cavalleria, yo por mi parte os oyrè, hermano, de muy buena gana, y affi lo haràn todos eftos Señores por lo mucho que tienen de difcretos, y de fer amigos de curiosas novedades, que fufpendan,

pendan, alegren, y entretengan los sentidos, como sin dudá pienso, que lo ha de hazer vuestro cuento. Començad, pues, amigo, que todos escucharemos. Sàco la mia, dixo Sancho, que yo à aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres días, porque he oydo dezir à mi Señor Don Quixote, que el escudero de Cavallero andante ha de comèr, quando se le ofreciere, hasta no podèr mas, à causa que se les fuele ofrecèr entràr à caso por una selva tan intricada, que no aciertan à salir della en seys dias; y si el hombre no va harto, ò bien proveydas las alforjas, alli se podrá quedar, como muchas vezes se queda, hecho carne mòmia. Tu estàs en lo cierto, Sancho, dixo Don Quixote: Vete à donde quisières, y come lo que pudières, que yo ya estòy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refeccion, como se la darè, escuchando el cuento deste buen hombre. Assi la daremos todos à las nuestras, dixo el Canonigo; y luego rogò al cabrero, que dièssè principio à lo que prometido avia. El cabrero diò dos palmadas sobre el lomo à la cabra, que por los cuernos tenia, diziéndole: Recuèstate junto à mi, manchada, que tiempo nos queda para bolver à nuestro apèro. Parece que lo entendió la cabra, porque en sentàndose su dueño, se tendió ella junto à el con mucho sosiego; y miràndole al rostro, dava à entender, que estàva atenta à lo que el cabrero iba diziendo; el qual començò su historia desta manera.

C A P I -